
CAPITULO XI.

RECIBE EL COLEGIO CUATRO MISIONES EN TEXAS.
QUE TENIA EL COLEGIO DE LA SANTA
CRUZ, Y SE DAN NOTICIAS DE
OTRAS.

— OCHO S' OCHO —

CUANDO el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus fundó las Misiones de Nacogdoches, Aís y Acadaís, en el centro de Texas, se fundaron otras en la misma provincia, por el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro. Los misioneros de este último, hicieron grandes y muy heróicos esfuerzos para congregar en pueblos aquellas naciones nómadas que se encontraron hasta el año de 1716. Mas sus deseos se frustraron. Entónces pidieron que las tres Misiones se mudaran á las márgenes del caudaloso rio de San Antonio de Bejar, en donde ya tenian otra Mision, llamada de San Antonio de Valero.

Las Misiones de Agnáis, Nechas y Nozones, que eran las pertenecientes al Colegio de la Santa Cruz, quedaron desamparadas en el año de 1731 y los misioneros tomaron posesion de las de la Purísima, San Juan Capistrano y San Francisco llamado de la Espada, con la que tenian antes, de San Antonio. Estuvieron en estas hasta el año de 1772 en que tuvieron que dejarlas por justos motivos.

El Rmo. P. Guardian del Colegio de Querétaro ofreció las Misiones de Texas al Colegio de Guadalupe; pero no le fué posible por entonces admitirlas, atendiendo á las circunstancias de los tiempos y de los lugares en aquella época.

El Virey Bucareli escribió al Rmo. P. Guardian de Guadalupe, que lo era entonces el muy memorable P. Fr. Antonio Ruiz de Esparza, que se dignara recibir dichas Misiones.

Se hizo un esfuerzo heróico para vencer las dificultades; se vencieron estas, y se destinaron por el Rmo. P. Guardian, ocho religiosos que fueron á recibir, hacerse cargo y desempeñar aquellas Misiones tan llenas de dificultades y trabajos.

Esos activos é infatigables operarios evangélicos trabajaban asiduamente; pero veían con dolor que la cosecha era muy escasa.

La actividad de los trabajadores era mucha, la

semilla era fecunda, las lluvias del cielo eran abundantes; pero la tierra era muy dura, infructífera, ingrata.

No obstante, los heroicos misioneros se acordaron que á los Apóstoles, á quienes sucedian en su alta mision, les habia dicho el Divino Maestro: *predicad*; no les habia dicho: *convertid*. Esta memoria era bastante para hacerlos insistir en sus tareas, y regar con sus copiosos sudores aquel vasto campo.

Pero ¿qué mas fruto que bautizar á los polluelos? ¿qué mayor consuelo que arrebatár aquellas tiernas plantas del aquilon de la culpa original y salvar aquellos polluelos de las garras del cruel raposo infernal? Muchos recién nacidos recibian el saludable baño del bautismo. Para hacer tan gran bien tenian los misioneros necesidad de recorrer muchas leguas.

Aconteció haber algunas pestes entre los salvajes, de fiebre, sarampion, viruelas y otras enfermedades; y entonces el trabajo era mas penoso y se multiplicaba. Algunas veces el misionero no podía volver al punto de su residencia, sino despues de quince dias, recorriendo aldeas y desiertos y alimentándose con carne de leon, de oso, de raposa, de caiman, y hasta de ratones.

Algunos infieles adultos se prestaban á recibir el Bautismo, por lo menos en el momento de la muerte.

Pasaba un hecho que consternaba y trancía los corazones de los misioneros; y era, que algunos adultos que recibian el Bautismo, apostataban facilmente.

Para el deseado fruto de las Misiones de Texas habia otras circunstancias, ó rémoras terribles é insuperables, tales eran, el empeño de los indios en andar vagando por los desiertos, y la pugna constante en que estaban unas tribus con otras.

En el año de 1771 fué indispensable á los misioneros dejar una Mision llamada de Orcoquiza, y en 1772 las de Nacogdoches, Ays y Adays; aunque á la primera volvieron despues.

¿Y cómo no abandonar estas Misiones si los indios despreciaban los llamamientos de la gracia, repetidos por tanto tiempo, y solo pensaban en sus supersticiones y en sus continuas guerras? ¿qué medios nuevos podian emplearse? Era preciso *sacudir el polvo de los zapatos*, y retirarse á esperar mejor ocasion para acometer de nuevo la empresa evangélica.

Empero, el campo no se abandonaba enteramente, los misioneros dejaban unos puntos del centro y se retiraban á los del extremo, para esperar ocasion de nuevas escursiones al interior del vasto país de Texas.

A fuerza de fatigas se consiguió la formacion de un gran pueblo, al que enseñaron los misione-

ros el amor al trabajo, á la sociedad y á la paz. Ese pueblo fué el de la Mision llamada de S. S. José, sita en las pintorescas riberas del rio de San Antonio. Allí surgió un hermoso templo, con buenos adornos, excelente átrio, y su *via-sacra* que los indios visitaban fervorosqs en los viernes de Cuaresma. En los dias Sábados se rezaba el Rosario con mucha devocion, cantando la sublime salutacion angélica que resonó por vez primera en Nazaret.

Mas tarde se consiguió que en las cuatro Misiones llamadas de la Purísima Concepcion, de San Francisco de la espada, de San Antonio y de San Juan Capistrano, los indios se docilitaron y formaron poblaciones pacíficas dedicándose á algunos trabajos útiles, como tejer, cultivar el campo y otros.

Una Mision fundada en la Bahía del Espíritu Santo fué abandonada á causa de que los indios todos, huyeron á los montes. Mas se procuró recogerlos y se estableció de nuevo la Mision, aunque no en el primer sitio, sino en otro distante diez leguas del primero. En este quedaron dos tribus ó naciones, que fueron la de los Tamiques y la de los Xaramames. De los primeros los mas se bautizaron y se casaron conforme al matrimonio católico. Respecto de los segundos se consiguió lo mis-

mo con algunos. En esta mision se edificó una Iglesia y un pequeño Convento ú Hospicio.

En esta y en otras Misiones se procuró construir murallas para la seguridad y defensa de neófitos, cuando fueran acometidos de los no convertidos, que vagaban en los montes.

Ved, pues, cuanto se hermana la religion con las artes, con las ciencias, con la sociabilidad y con la civilizacion verdadera, que convierte á los salvajes del desierto en ciudadanos pacíficos, útiles á sí mismos y útiles á la sociedad entera.

Ese pequeño rasgo de las Misiones de Texas bastará, si se medita bien, para conocer la importancia de las Misiones y el inmenso aprecio que deberia hacerse de los misioneros.

El conde de Henrion, dice en su gran historia de las Misiones: «entre los diversos medios humanos de que la Providencia se vale para aumentar y difundir el conocimiento de nuestra religion augusta, (y con ella la verdadera felicidad de los pueblos) las Misiones católicas, son sin duda el mas eficaz, á la par que el mas precioso y meritorio. Ellas hacen mas perceptible el carácter universal del catolicismo, con las poderosas fuerzas de la caridad para con las regiones pobladas de la ignorancia y la barbarie, infíltranse como los raudales cristalinos en las profundi-

dades de la tierra; ellas con sus incesantes tareas, con sus sacrificios y hasta con el martirio, ilustran y santifican el mundo, aumentando la población de la celeste morada. ¡Ah! Seguidlos con los ojos del alma, ya que no podeis acompañarlos, por que os rendiría el cansancio y la fatiga; seguidlos en sus largos viajes, al traves de los mares y de los desiertos que no han hollado planta humana, á esos infatigables misioneros, á quienes no detiene en su marcha los rigores de las estaciones y los climas, lo largo y áspero de los caminos, la evidencia del peligro y la multiplicidad de las dificultades. Vedlos esparcidos por la tierra, en las bastas soledades y sombríos bosques de América, en las mortíferas costas y arenales de Africa, en las inmensas sábanas de Asia y en los desconocidos países de la Oceania; ved el orden y la táctica de ese ejército del amor divino, de esas invencibles huestes de la caridad cristiana. El primero que en ellos se distingue es el sacerdote, padre y legislador de la humanidad; lleva la cruz por su bandera, como signo de la redención, y como árbol precioso bajo cuyas ramas pueden cobijarse todos los pueblos. Siendo su blanco el alma del hombre, y no pudiendo esta conquistarse con la fuerza ni sujetarse con grillos ni cadenas, no tiene otra arma para con-

seguir la victoria, que las de atraccion, de afecto, de ciencia, de mansedumbre, de sufrimientos y de persuacion; como su principal fin es religioso, su vida es una continua lucha viéndose frente á frente, y cada paso, con creencias absurdas, errores inveterados y abominables prácticas: como los bienes materiales son una cosa secundaria, él mismo se convierte en agricultor que rompe la tierra con el arado; en operario que construye, antes que la choza el altar; antes que su propia morada la iglesia. ¡Oh! ¡qué superiores son, ó mejor dicho, que punto de comparacion tienen bajo el aspecto religioso y social las mal llamadas, *misiones protestantes*, con las verdaderamente católicas! Nótese desde luego en estas el espíritu de la santidad que las guía; precedeles siempre la Cruz, y este no es un signo que halaga los sentidos, es un instrumento de martirio y de muerte, es el signo, la imagen de un suplicio. ¡Tanto heroismo, tanto desinteres personal, tanta abnegacion y tantos sacrificios...

¡Ojalá y los disidentes nuestros, que se quieren llamar ilustrados, mediten el sólido razonamiento que acabamos de exponer! ¡Ojalá y meditaran ese elocuente rasgo de historia y de filosofía cristiana!

Pobres disidentes: Hojead la historia de México, ved los vastos desiertos, siquiera, de nuestra

antigua Texas, y hallareis ese cuadro en que está escrito con caracteres indelebles esta frase: *solo la religion católica civiliza é ilustra á los pueblos.*

Al tratar de las misiones de las fronteras, parece que deberiamos ocuparnos de algunos rasgos biográficos de sus mas ilustres misioneros; pero acaso sea mejor dejar esa importante materia para desarrollarla especialmente sin mezcla de otra, en capítulos esclusivamente biográficos. Así será.



CAPITULO XII.

HERMOSO CUADRO DE LAS MISIONES
ENTRE FIELES ESCRITO A FINES DEL SIGLO PASADO
POR EL R. P. ALCOCER.

ESTE cuadro que nos hemos encontrado en preciosos manuscritos que nos guian en nuestra obra, es tan hermoso, que sin duda no podia ser extractado sin quitarle mucho de su importancia y hermosura. Hemos querido, pues, copiarlo literalmente.

«El ministerio de ganar almas para Dios, cuyas excelencias autorizan los Padres de la Iglesia, pues le llama S. Dionicio (a) *obra divinísima*, y San Gregorio. (b) *mas milagrosa que la resurreccion de los muertos*; es tan propio de la Religion Seráfica, que para que lo ejerciera quiso Dios viniera al mundo. Apenas habia mudado de vida y hábito Nuestro Padre San Francisco: cuan-

(a) Stus. Dionis. de Celesti. Hieran. cap. 3. (b) Stus. Greg. 12. Dialg. cap. 17.